

MARÍA VERÓNICA GUTIÉRREZ

Eduardo Rosenzvaig: el compacto deseo de contar

Eduardo Rosenzvaig registró en su escritura algunos de los aspectos más característicos de las sociedades del norte de la Argentina, en especial de esa Tucumán abigarrada y barroca que encuentra vida en su narrativa. Y como a Hugo Foguet, otro gran escritor de las letras noroestinas, esa ciudad subtropical lo atormenta, sabe que ahí hay materia para la escritura, y la convierte, no ya en uno de los escenarios privilegiados de sus textos, sino en un personaje más. Ciudad personaje, atiborrada de historia, de héroes, de fracasos, la ciudad del azúcar, de la elite afrancesada, la ciudad de Octaviano Vera, del Peronismo, de la Fotia, de la revuelta en la Quinta Agronómica, la de los obreros y estudiantes en las calles, la de los ingenios cerrados, la del Operativo Independencia.

Escribió siguiendo la mejor tradición latinoamericana. David Viñas dijo de una de sus novelas, *El sexo del azúcar* (1991), que «por el clima y sus figuras, lenguajes, escenarios e ironías, este relato se equipara a lo más fascinante de Tizón o Moyano». No es exagerado decir que, junto a Hugo Foguet, Tomás Eloy Martínez y Elvira Orphée, le dio una potencia inusitada a la novelística tucumana. En su narrativa está lo real maravilloso y el barroco de Alejo Carpentier, mundos de temporalidades superpuestas, de coexistencia más o menos conflictiva entre culturas, de elementos acumulados que hacen de La Habana una ciudad tropical híbrida, mezcla estafalaria de estilos. Hay, evidentemente, algo de esa convivencia de culturas, estilos y

Revista Casa de las Américas No. 270 enero-marzo/2013 pp. 127-129

temporalidades en los universos narrativos de Rosenzvaig. Él habló de *realismo desatinado* para referirse, al mismo tiempo, a la realidad social y cultural de Tucumán y a la literatura que da cuenta de ella y de su carácter alucinante.

Pero si esa realidad tucumana que lo desveló como historiador y literato es el germen de la escritura, el tono de realismo desatinado se traslada, sin embargo, a toda su obra. En una novela magnífica, *Santísimas viruelas*, de 1997, que narra la historia de una de las misiones de la Compañía de Jesús en el Gran Chaco, el sacerdote austríaco Florián Paucke funda una orquesta de mocovíes. Se entrecruzan en ese mundo ficcional la música europea, la lengua de los indígenas del Chaco, la barbarie «civilizada» de la colonización, el catecismo, la viruela y el proyecto utópico del rey Nicolai de Paracuaria, que erige un reino en medio de la selva, metáfora de la utopía jesuita en las tierras americanas.

Lo desatinado proviene de una yuxtaposición estridente de estilos, culturas y épocas, es el resultado de un espacio ficcional caracterizado por los contrastes: el espacio del desatino. En este punto los textos de Eduardo Rosenzvaig se conectan con toda una línea de la literatura latinoamericana cuyas coordenadas ficcionales exhiben modernidades periféricas, sociedades heterogéneas, transculturaciones, culturas híbridas. Recordemos lo que dice Fernando Aínsa de la estética que él llama «americanismo inusitado»:

[...] engloba una noción de lo maravilloso o mágico que desborda los modelos europeos en los que pudo haberse inspirado. Lo raro, lo extraño, lo inaudito, lo desacostumbrado y las diferentes realidades superpuestas –indígena, colonial español, barroco criollo, africano, europeo inmigrante y tantos otros– se funden en una es-

pecie de collage, donde el conjunto se califica con el adjetivo de mágico o maravilloso, un modo de ahondar en esa anhelada «conquista total de la realidad».

Esa realidad alucinante solo podía ser contada mediante la ficción. Eduardo Rosenzvaig había dicho que algunas historias de Tucumán únicamente podrían resultar creíbles si se las presentaba bajo la forma de la novela o del cuento. Cuando investigó la historia de uno de los ingenios tucumanos, el Santa Ana, desde su fundación por el extravagante y aventurero francés Clodomiro Hileret hasta su cierre definitivo durante el onganato, y su posterior conversión en un centro clandestino de detención y tortura durante la última dictadura militar, advirtió que aquello *debía* narrarse ficcionalmente, porque de otra forma nadie creería esa historia apoteósica en la que se cruzan la moderna industria del azúcar, la razón instrumental occidental, la racionalidad mítica religiosa de los trabajadores indígenas, los apellidos franceses, el cristianismo, el mito de «El familiar», los castigos corporales.

La realidad alucinada de Tucumán fuerza la escritura pues no admite, a veces, otras formas que no sean las de la ficción. Y Eduardo conocía y manejaba muy bien los dos registros, el de la historia y el de la ficción. Podría decirse, incluso, que fue precisamente su oficio de historiador el que lo llevó a convertirse en un gran narrador de ficciones. Señal de ello es que, muchas veces, es la historia la que está por detrás, sosteniendo el andamiaje de las novelas y los cuentos. Podríamos preguntarnos, incluso, si es posible ubicar sus textos novelísticos en alguna de las corrientes de la novela histórica. Diría más bien que se trata, el suyo, de otro género, una suerte de prolongación de la historia, que por la materia de la que está hecho exige volverse ficción.

Eduardo Rosenzvaig señala ese camino personal de la investigación histórica a la escritura literaria en una autobiografía mínima:

Maravillado por la multiplicidad fornicante de esta selva, todos con todos, entre todos, contra todos, empecé a escribir como historiador, seguí como antropólogo, pasé a la novela, incluyo una serie de cuentos. Cada vez soy menos especialista y más asombrado.

El texto literario permite incorporar, además, algo que el discurso histórico excluye, esto es, los fantasmas, los deseos y el erotismo agazapado que mueven la práctica humana. La narrativa de Rosenzvaig está cargada de sensualidad, de carnalidad, de exuberancia. En algún momento señala: «[l]a historia que conocemos, por lo general, es una historia asexual. La literatura es la que le permite incorporar el deseo, el placer, el erotismo y todo lo que significa la nebulosa extraña y oscura de la propia sexualidad». Los espacios naturales son siempre orgiásticos, húmedos, regados por jugos vegetales y olores penetrantes, y los personajes, por su parte, están sometidos a una pulsión sexual que muta en pulsión de muerte o en deseo irrefrenable de poder.

La escritura exigida al máximo es otra de las características de Eduardo Rosenzvaig. En el intento de registrar lo múltiple y desmesurado de la historia tucumana, la palabra adquiere cierto barroquismo, pues ¿qué otra cosa es el barroco sino una acumulación léxica, semántica, referencial?

Eduardo Rosenzvaig como escritor e historiador fue una figura que pareciera haber estado impelida por el deseo de contar. Contar la historia de la Ar-

gentina desde una de sus regiones interiores, contar todo lo que se pueda, escribir hasta el límite del cuerpo. Una suerte de escritura desencadenada que viera el mundo como objeto de relato. Hizo praxis la obsesión que lo inquietaba. Aparecen, entonces, la historia violenta de los ingenios en el norte de la Argentina, los señores del azúcar, las luchas sociales, las universidades politizadas, los golpes de Estado, la tragedia que supuso en Tucumán el Proceso de Reorganización Nacional, la Tucumán posdictadura, ya con toda una generación de dirigentes obreros e intelectuales desaparecidos.

Pero esta necesidad imperiosa de contar —«*compacto deseo* de contar», hubiera dicho él— a través de la historia o de la literatura, responde a otra de las características de su obra, por cierto, no la menor: la profunda convicción de que quien escribe asume una posición política. En sus textos está el peso de la crítica social, pero no desde un realismo ingenuo de denuncia sino apoyado en formas que van desde la ironía hasta la escritura polifónica que presenta, en contraposición, enfrentados, el discurso del poder y los discursos subalternos.

Su labor de intelectual iba de la mano de la de profesor, de maestro, de quien invita a cuestionar y a pensar. El prolífico escritor, el investigador universitario, el ensayista tucumano que ganara, en dos oportunidades, el premio Casa de las Américas de Cuba, el premio Ernesto Sábato otorgado por el Conicet, por nombrar solo algunos de los que obtuvo, era el mismo que recorría el país dando talleres y charlas. Fue un gran militante de las luchas sociales. Un cronista de la historia de estas tierras.

Salta, 22 de octubre de 2012 